

CONDICIONES.

El "Demócrata Fronterizo" se publica los sábados.
Suscripción por 3 meses 50 cts.
Todo pago se hará en moneda del país, y precisamente adelantado.
Avisos y remitidos, según convenio.
La correspondencia debe dirigirse a JUSTO CARDENAS.
Laredo, Texas.

EL DEMOCRATA FRONTERIZO.

Semanario Imparcial, de Comercio, Noticias y Anuncios.

Entered as second class matter in the Post Office at LAREDO, TEXAS.

Número suelto:

— 8 —

CENTAVOS PLATA.

EL PRECIO FIJO

El propietario de esta acreditada y popular Tienda de Ropa, la que mayor satisfacción ha dado á sus marchantes, ofrece á sus numerosos consumidores que,

durante el año de 1908, ha una minuciosa selección de los artículos producidos en las fábricas de este ramo, y suprimiendo los estilos vulgares, traerá para su tienda

Las Últimas Novedades de la Moda.

Lo de mejor gusto que haya en las Fábricas del país.

Géneros de lana, para ropa de señoras.

Abrigos de estambre. Ropa interior. Sobretodos.

AUG. C. RICHTER

— AN —

Almace de Ropa.

Hermos y elegantes

TRAJES

para hombres, jóvenes y niños

Así, pues, El Precio Fijo está siempre en condiciones de

VENDER mas BARATO

que todas las tiendas de su clase.

Sombreros

Tenemos, á la vista, en aparadores, infinidad de formas y clases. El interesado puede recorrer, con libertad los departamentos y sus respectivos precios. Tenemos finos y atentos dependientes.

MENTIRILLAS SOCIALES.

POR MAX NORDAU.

Al lado de las grandes mentiras, cuántas pequeñas penetran en nuestra vida, envolviéndola toda! Sembradas á partículas corruptibles, esas mentiras llevan en sí la descomposición y la podredumbre; pero no puede ser de otro modo. Si hemos nacido y crecido en la mentira, si hemos estado constantemente rodeados de mentiras; si debemos mentir cada vez que abramos la boca en público, ó que entremos en relación activa con las instituciones políticas y sociales; si tenemos la costumbre de hablar de un modo y proceder de otro distinto á lo que sentimos y pensamos, á soportar como cosa muy natural la constante contradicción entre nuestras convicciones y las formas exteriores de la vida, ver en la hipocresía una prudencia mundana; ¿cómo podemos conservar un carácter recto, ser sinceros en nuestras relaciones con los otros hombres y verídicos en la vida privada? Se miente en el paseo y en los salones, como se miente en la iglesia, en la reunión electoral, en la oficina del estado civil y en la Bolsa.

Todas las relaciones sociales tienen este carácter de mentira. Estas relaciones están fundadas sobre la sociabilidad y el instinto de solidaridad del hombre. Han nacido del deseo que tiene éste de rodearse de compañeros de su especie y de evitar el aislamiento como un estado antinatural. Las formas de las relaciones sociales, dejan conocer este origen. Manifiestan el placer que tienen los hombres en encontrarse juntos y su mútua simpatía. Cuando se ve una persona amiga, se la saludan, es decir, se la expresan deseos de prosperidad; cuando recibimos una visita, nos manifestamos contentos, la comprometemos para que

se quede en nuestra casa y la instamos para que vuelva pronto; damos fiestas para ofrecer á nuestros semejantes una ocasión de que gocen placeres variados; organizamos festines para que se diviertan; les hacemos regalos, y si les acontece algo triste ó alegre nos apresuramos á consolarles, ó á felicitarlos. ¿Hemos estado algún tiempo sin verles? les vamos á visitar para saber de su salud y para preguntarles qué es lo que necesitan. Esta es la significación teórica de las formas empleadas en la sociedad. Pero en el hecho, casi nada, pues el contacto de un hombre con otros es una hipocresía y una mentira. Deseamos los buenos días á uno que pasa y no nos intranquilizaríamos si supiésemos que al separarse de nosotros se le han roto las piernas; instamos al que nos visita á que vuelva pronto, y á su aspecto experimentamos la misma sensación que si tocásemos sin querer una serpiente; organizamos fiestas é invitamos á ellas á personas á quienes despreciamos; á quienes detestamos, de quienes hablamos ó que en el mejor caso, nos son tan indiferentes, que no seríamos capaces de levantar la mano para proporcionarles un placer, si tan poca cosa nos costara. Vamos á las fiestas de los otros y en nuestras charlas pasamos horas enteras en que mil veces preferiríamos consagrar al sueño, sonreímos con complacencia reprimiendo un bostezo; hacemos cumplimientos de los cuales no creemos una sola palabra; damos las gracias á la dueña de la casa por su amable invitación, mientras que en el fondo de nuestro corazón la mandamos al infierno; protestamos al dueño de la casa nuestra adhesión, y al día siguiente damos orden á nuestro sir-

viente que le deje en la puerta, si viene á exigirnos algún servicio importante. Pagamos visita á personas á quienes odiamos, únicamente porque se la debemos; por la pascua, ó en otras circunstancias, hacemos regalos y echamos pestes porque hemos tenido que hacer ese gasto; frecuentamos en aparente intimidad á personas de quienes pensamos y decidimos todo el mal posible, y que sabemos que nos tratan absolutamente del mismo modo. Por consecuencia de esa falta de sinceridad, la vida social, que es en teoría completa la vida individual, y aumenta el bienestar de cada uno, se convierte en una fuente de constante tortura; cada vez que nos ponemos en contacto con nuestros semejantes, nos separamos de ellos llenos de fastidio, de disgusto, de envidia, de desprecio, de confusión, de burla, en una palabra, de las impresiones más desagradables y penosas.

Y sin embargo, nos condenamos voluntariamente á esos disgustos, y la mayor parte de los hombres de las clases llamadas superiores, se gastan completamente en la vida mundana que saben que no puede proporcionarles ni placeres, ni estimulantes, ni fuerza moral. ¿Qué es lo que les impulsa á representar esta fatigosa é interminable comedia, en la cual tienen que sonreírse y ser amables con personas que les disgustan? Es el egoísmo, que está en el fondo de todas las instituciones actuales. Aquel que quiere conquistar un puesto en la sociedad, corre á las fiestas y á las recepciones, á las tertulias y á los sa-raos de familia, para atraer amistades que aspira á convertir en protectoras, para conseguir un buen matrimonio, para adquirir gloria, para triunfar con más seguridad y más cómodamente, por las debilidades y defectos de los otros más bien que por sus propios méritos. Otro, que ya ha conquistado una situación, se condena á la fatiga y á los sacrificios

pecuniarios, para intrigar contra algunos compañeros, ó simplemente para mortificarlos, para dar á los otros alta idea de su riqueza, de su prestigio, de su influencia, para reunir á su alrededor cortesanos, en una palabra, para satisfacer por todos los medios posibles su vanidad. En medio de los hombres, estas gentes de salón no ven sino una sola persona: la suya; en la conversación más animada, mientras parecen oír y prestarse á las ideas de los otros, olvidándose completamente de sí, no piensan sino en ellos mismos, no oyen sino á ellos mismos. Es así como el egoísmo viola las más inocentes relaciones de los hombres entre sí, y que todas las formas sociales creadas por el instinto de solidaridad se convierten en mentiras.

La medida de la Grandeza de un Pueblo.

Siempre que oímos hablar de que un hombre "está arruinado," nos hacemos estas preguntas:

¿Arruinado? ¿Por qué? ¿Han muerto su mujer é hijos? No.

¿Ha habido algún disgusto en la casa y le han separado de ella? No.

¿Ha manchado su nombre con algún crimen? No.

¿Ha perdido la razón? No.

¿Entonces...?

Es que ha perdido su hacienda.

¿Bah!

¿Cuándo se convencerá el mundo de que la vida de un hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee...?

Hugo, Poe, Whittler, The-reau, Audobon, Emerson, Beecher, Castelar y mil más, fueron ricos sin dinero.

Veían el esplendor en la flor, la gloria en la hierba, los libros en los arroyos, los pensamientos en las piedras, lo bueno en cada cosa... Veamos la hermosa lección que una noble mujer le

dió á su marido:

"Hija mía... estoy arruinado; todo lo que tenemos está en manos de la autoridad... Acabo de quebrar..."

Tras pocos momentos de silencio, la mujer, mirando fijamente á su compañero, le interrogó así:

—¿Puede la autoridad venderte?

—No.

—¿Puede venderme?

—No.

—¿Puede vender á nuestros hijos?

—No.

—¿Vamos, hombre! Pues nos dejan lo más valioso. Hemos perdido apenas el producto de nuestras labores. Somos dueños de nuestros contenidos y de nuestras manos. ¿Pues á hacer otra fortuna!

El dinero es necesario, sí, necesarísimo.

Nadie se atrevería á sostener lo contrario.

Pero... ¿qué da—pregona Lowell—la medida de la grandeza de un pueblo? La suma con que haya contribuido al pensamiento, á la energía moral, á la felicidad intelectual, á la esperanza del espíritu y á la consolación del género humano."

—Algunos periódicos publicados en castellano en Texas, comentando una noticia de la prensa asociada, pretenden hacer creer á sus lectores que "los tribunales de México sostienen la ley americana de divorcio, ó lo que es lo mismo, que los divorcios otorgados por las Cortes de Estados Unidos, tienen fuerza legal en México, y al efecto, citan el caso de Silvio Centri, arquitecto italiano, que habiendo sido demandado en México por su primera esposa, la que lo siguió desde Italia, fundándose en que habían contraído matrimonio en Italia, donde el matrimonio es indisoluble, y Centri negó la demanda fundándose en que había obtenido el divorcio en Louisiana y contraído ahí nuevas nupcias, fallaron las autori-

dades mexicanas en sentido negativo á la demandante.

No conocemos los fundamentos de la sentencia en cuestión; pero estamos seguros de que se basa en el hecho de que el primer matrimonio no se verificó conforme á las leyes de México, pues si conforme á las leyes de México se hubiera verificado el primer matrimonio, á pesar del divorcio que obtuvo en las Cortes de Louisiana, Centri habría sido castigado como responsable de adulterio.

Entiéndanlo bien los mexicanos ó méxico-texanos residentes ó avecindados en Texas: contra un matrimonio celebrado conforme á las leyes actuales de México, no tiene valor ninguno cualquier fallo de divorcio que den los Tribunales de Estados Unidos ó de cualquiera otra nación, á menos que el divorciado y vuelto á casar fuera de México, se resuelva á no volver á aquel país, por que al volver á México será castigado por adulterio, encontrará que es completamente nulo para los efectos civiles su nuevo matrimonio, y que el cónyuge abandonado conserva todos los derechos que por el matrimonio le conceden nuestras leyes.

—Gran sorpresa nos ha causado que de Monterrey se nos pidan informes sobre la epidemia de viruela que aflige á Laredo, Texas, y sobre si ya decrece el número de enfermos, pues se dice que hay de cincuenta á sesenta casos, ó enfermos.

En Laredo, Texas, y en N. Laredo, que sepamos, no hay, ni se ha dado en lo que va corrido del año, ni un solo caso de viruela, y no alcanzamos á comprender el objeto que se propongan, los que han esparcido la noticia de que estamos en Laredo infestados de viruela.

Si se tratara de que la epidemia de viruela se había desarrollado en algún punto de México, de los que toca el ferrocarril Nacional de México, la explicación era clara y sencilla: el deseo de que se estableciera cuarentena contra México, para ganar los honorarios, y favorecer con empleos nominales, pero bien retribuidos, á los amigos y parientes.

Pero de México contra Texas, no nos lo explicamos.

—El Gabinete de Mr. Taft quedó compuesto de la manera siguiente: Secretario de Estado, Philander Knox; de Comercio, Charles Nagel; de Guerra, Jacob Mac Gavock Dickinson; de Correos, Frank Hitchcock; Procurador General, George W. Wickersham; de Gobernación, Richard Aballinger; de Tesoro, Franklin Mac Veagh.